

417

LA NOVELA DE HOY

¡... la piscina, la piscina!

por
carmen de burros
(colombine)

30
cts



MAY
30

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**



Por dos reales,

**los mejores autores,
con sus mejores textos**

Libro del Pueblo

ha publicado ya

“El problema social de la infección”, de Gregorio Marañón.—“El Cid y Roldán”, de Eduardo Marquina.—“Cómo se administra un gran diario”, de Enrique Mariné.—“El ilustrador Daniel Vierge”, de Dionisio Pérez.—“Los engaños de la morfina”, de César Juarros.—“Cómo fun-

ciona la Sociedad de Naciones”, de José Plá.—“Don José de Salamanca”, de Augusto Martínez Olmedilla.—“La Inquisición española”, de Quintiliano Saldaña.—“Libertadores de América: José de San Martín”, de Alberto Ghiraldo.—“Historia del fútbol”, de Joaquín Soto Barrera.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones
(S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44. Madrid

R. 11108A 2,00€

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: Príncipe de Vergara, 42 y 44. Apartado 33

Año IX || Madrid, 9 Mayo de 1930 || Núm. 417

¡LA PISCINA! ¡LA PISCINA!

POR

Carmen de Burgos (Colombine)

Ilustraciones de PUYOL



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
— EDITORIAL ATLANTIDA —
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid

EN EL PROXIMO NUMERO

PUBLICAREMOS

Visperas de la Gloriosa

por

RAMON DEL VALLE-INCLAN



ILUSTRACIONES DE
JOSE CABALLERO

La escritora estuvo a punto de ser fusilada

PERIODISMO

—*Usted, en realidad, Carmen, fué la primera mujer periodista, ¿verdad?*

—*Sí. He hecho el periodismo vivo, activo, de batalla. He sido la primera mujer que se ha visto ante la mesa de la Redacción, que ha hecho reportajes, que ha organizado encuestas, que ha vivido y sentido, en fin, el periodismo de combate, ágil, nervioso y bohemio.*

—*¿En qué diarios trabajó usted?*

—*En varios: Diario Universal, Heraldo de Madrid, La Correspondencia de España...*

—*¿Cómo empezó usted a firmar con el pseudónimo de Colombine?*

—*Por indicación de Augusto Suárez de Figueroa, director del Diario Universal. También he usado otros pseudónimos: Marianela, Raquel, Gabriel Luna...*

—*¿Recuerda alguna campaña de las hechas por usted?*

—*La primera fué una contra la pena de muerte. Y tuvo como raíz el hecho de haber condenado a muerte a un muchacho que cuando cometió su delito hacía dos meses que había cumplido la edad marcada por la ley para poder ser aplicada la tremenda condena. Entre mis otras campañas están la del divorcio, la del voto femenino, la del artículo 438...*

LA AMENAZA DE UN FUSILAMIENTO

—*¿Ha viajado usted mucho, Carmen?*

—*Mucho. Conozco Italia, Francia, Suiza, Alemania,*

Inglaterra, Noruega, Austria... De América, Cuba, Méjico y la Argentina... Y en uno de esos viajes míos estuve a punto de ser fusilada.

Hago un gesto de asombro y de interrogación.

—Fusilada, sí... Fué en Alemania. Empezaba la gran guerra. Volví yo de presenciar el magnífico espectáculo del "sol de media noche". Me acompañaba mi hija. Unos soldados iban buscando en el tren una espía. Creyeron que era yo, y por unos instantes tuve las bayonetas junto a mí. Eran aquellas jornadas las del máximo encono entre los países de uno y otro bando. Y a mí me habían tomado por una espía rusa... Hasta que la cosa se pudo aclarar ya puede usted suponerse las molestias y las zozobras... Se apoyaban, para considerarme espía, en varios hechos que eran totalmente pueriles. Entre ellos, el de que yo había dicho, al ver pegar a unos prisioneros rusos, compadecida: "¡Pobrecitos!"

UNA NOVELA DE FIN MORAL CON
RESULTADO INMORAL

—En sus novelas, ¿cómo trabaja usted? ¿Traza, primero, un plan?

—No. La preparación de cada novela es mental más que nada. Aunque luego, a pesar de ese plan meditado, la fuerza de la acción empuja, varía el curso primitivo de la novela. Yo trabajo siempre de noche; a veces, hasta las cuatro y las cinco de la madrugada... Escribo con facilidad. Si no, escribir sería un tormento. Y escribir debe ser siempre un placer.

—En esa relación, en esa amistad que hay siempre de novelista a lector, de autor a público, ¿recuerda usted alguna anécdota, algún hecho curioso?

—Sí... Podría contarle varios hechos curiosos. Había publicado yo una novela: Los anticuarios, una novela cuyo ambiente conocía yo de modo perfecto, por haberlo vivido en París. Un anticuario que allí vivía, algo pariente mío,

me documentó sobre los bastidores de aquel ambiente: los trucos, los recursos, las habilidades que estos comerciantes tienen para hacer pasar como viejos y valiosos objetos que no lo son. Llevé todo esto a la novela, que resultaba curiosa por las cosas que descubría. Y un día, en uno de mis viajes, fui a Méjico. En el hotel se me presentó un señor que yo desconocía: "¡Le debo a usted mi fortuna!—empezó a decirme—. Leí su novela, e inmediatamente compré todos los ejemplares que había en Méjico, para que nadie se enterara de lo que se descubría allí. He aplicado a mi comercio de antigüedades todo lo que en la novela—trucos y habilidades—cuenta usted, ¡y me he hecho rico!" Y yo, que quise poner un fin moral en mi libro por el ambiente de picardía y de farsa que mostraba al descubierto, vi que lo conseguido era todo lo contrario: en vez de moralizar, desmoralizaba...

LA "JETTATURA" DE UNA NOVELA ESPIRITISTA

—Otra anécdota—me dice ahora—relacionada con otro de mis libros. Escribía yo una novela de espiritismo: El retorno. Trabajaba en ella por la noche, según mi costumbre. Una noche, cuando estaba escribiendo, se apagó la luz. Esperé un rato; pero al ver que no volvía, me levanté de trabajar y lo dejé para el día siguiente. Cuando llegó este siguiente día, por la noche, me dispuse a trabajar; apunté unas notas, escribí unas cartas, quise reanudar la novela... No me fué posible. En el mismo sitio en que el día anterior dejé la acción, y cuando quería avanzar en las cuartillas, la luz volvió a apagarse. Así, hasta cuatro veces en cuatro noches. Como si un poder oculto, misterioso, impidiese salir a mi novela de aquella cuartilla en que se había detenido. Publicado ya el libro, la señora de un amigo, al oírme contar este caso, quiso, por curiosidad, comprar mi novela espiritista. Lo estaba leyendo una noche, en el lecho, y cuando

apagó, para dormir, la luz, vió a los pies de la cama una fantasmagoría de sombras blancas, extrañas. Se asustó, gritó... El libro prolongaba de este modo su espíritu de miedo y de misterio...

UN PROCESO PINTORESCO

—Alguna de sus novelas, ¿le costó algún proceso?

—Sí. Por novelas mías me he visto procesada dos veces. Una, por un abogado, que creyó verse retratado en una novela mía; mas el día antes de verse la causa, retiró la demanda que había presentado. El otro proceso me fué seguido a instancias de una mujer, cuyo matrimonio, según ella, fué roto a consecuencia de una novela mía, leída por el novio. Creyó que mi libro influyó en la decisión del hombre. Y me pedía, como indemnización, una cantidad realmente grande. Ella pensaba casarse, y el sueldo del novio, multiplicado por determinado número de años de matrimonio, daba un montón de miles de pesetas, que era la indemnización pedida... El pleito, que por fin gané, me costó mucho dinero, pues la mujer iba, ante cada sentencia, recurriendo a un Tribunal de superior categoría...

José MONTERO ALONSO



I

EN la noche de París brillaba como un fâro la mancha de luz de "Rotonde", el "Duodomo" y la "Coupole". Aunque los dos últimos cafés habían brotado semejantes a hijuelas de la raíz de la "Rotonde", a la que imitaban hasta en la significación de sus nombres, habían logrado irse eclipsando y ser el gran centro de atracción de los extranjeros. La "Coupole" era la que mayor concurrencia lograba.

Don Antonio se quedó desconcertado ante el hervidero de gente que llenaba la terraza y el interior del café, en un constante ir y venir entre las mesas, todas ocupadas. Le molestaba meterse en medio de aquellos apretujones, con su mujer y sus dos hijas, para descubrir en dónde los esperaban don Manuel y su familia, que los habían citado allí.

—Dijeron que estarían al fondo, pasada la escalera que conduce al restaurante—dijo timidamente doña Dolores, que abría mucho los ojos para ver mejor.

Entraron casi arrastrados por una alegre pandilla que se dirigía al baile del sótano:

Olor de cerveza, de jamón y de pan tierno; vaho de café y de chocolate; humo de cigarros mezclado al perfume de los polvos de l'Origan, barras para los labios y sudor. Miraban a todos lados, con aire atontado.

En las mesas del fondo había tableros de ajedrez y de damas.

Un hombre aguilucho examinaba grandes pliegos cubiertos de columnas de números, con la misma abstracción de cuanto lo rodeaba que podría tener en su oficina.

Un japonés, con cara de ratita, leía el periódico inglés, sujeto al largo barrote de madera.

Dos mulatos los empujaron para no perder de vista a una muchachita de sombrero rojo.

En el ángulo, una jovencueta ocupaba toda su mesa con las cuartillas que iba emborronando. Tenía sobre el diván el sombrero. Era bonita, sabía que la miraban y parecía no preocuparse más que de seguir su pensamiento, que debía hallarse en el fondo de la gran copa de Calvados o volar en las espirales de humo del cigarrillo, según lo perseguían sus ojos, con un delcete que denunciaba a la escritora novel en el pueril alarde de la profesión.

Algo más allá descubrieron, al fin, a la familia de su amigo, que ocupaba cuatro mesas, entre el padre, la madre, las tres niñas y los dos hijos.

Se levantaron todos haciéndoles señas, como si aún no los hubieran visto, y les ofrecieron sitio. Don Manuel estaba furioso porque el camarero no acertaba a llevar pronto las diferentes cosas que cada uno había pedido.

Se creían ya franceses don Manuel y su familia, dados los muchos años que vivían allí con su negocio de minas. Los chicos, fueron tan pequeños, que sabían mejor el francés que el español.

Don Antonio confesaba su contrariedad. Venía de Valencia y no se acostumbraba a una vida tan diferente; aunque tenía que establecerse allí, cuando menos algunos años, por conveniencia de la casa frutera que representaba.

—Eso pasa siempre en París al principio—dijo doña Luisa—, pero luego París tiene no se qué se—

creto, que no hay quien lo saque a uno de aquí como le tome el gusto.

—Pues yo creo—respondió don Antonio—que el gran secreto de París está en que todos se aburren y nadie lo confiesa.

Por fortuna llegó el camarero con la balumba de cosas, fué colocándolas delante de cada uno, y, a favor del refrigerio, se estableció mayor cordialidad.

Doña Luisa le comunicaba a doña Dolores los secretos de París para comer y vestirse bien y barato. Las niñas ponían al tanto a Julia e Isabel de las diversiones y las modas, y los dos muchachos, con cara de aburridos, miraban con una especie de piedad de hombres de mundo a las dos provincianitas, que, en su sentir, no se diferenciaban mucho de sus hermanas; las cuales no estaban con ellos nunca, porque al hablar de las otras mujeres decían siempre:

—“Las elegantes”—y parecían no encontrarlas bastante “chic”, sin darse cuenta de los éxitos que ellas lograban.

Manuel había comenzado a hablar de los negocios en París y de las mujeres en París, mezclando ambos temas de un modo incoherente. Ninguno de ellos le disgustaba a don Antonio, aunque hubiera preferido que no lo citara con toda la familia.

Sería aquel un ambiente muy parisién y muy moderno, pero a él no le agradaba para sus hijas. Dos mesas más allá, en el rincón, había una muchachita, con ojeras de enferma que satisface el hambre a costa de las fatigas del amor vendido, soportando los abrazos de un vejete gordinflón y desocupado, el cual parecía complacerse en hacer alarde de un falso apasionamiento. No le gustaba que Isabel y Julita vieran aquéllo.

Y, sin embargo, lo iba ganando poco a poco el ambiente del café. El había estado hacía muchos años en París. No existía aquel café, ni aquel alegre rin-

cón de Montparnasse y, sin embargo, se creía que había estado allí otras veces.

Sentía, sin darse cuenta, lo que todo café de París, hasta el que se acaba de inaugurar, tiene de una noche de veinte años atrás. Esa cosa de inmovilidad que tiene París para dar la sensación de que no varía, a pesar de su progreso.

—Ahí viene la "Vaca"—comentó Rosa, la menor de las tres hermanas.

—¿Quién?

—Ese ruso de pelo largo; ya no se ven más melenas que las de los rusos.

—Pues ése bien lo pueden envidiar las mujeres. Parece un Luis XIV—dijo Julia.

—Ahora os explicaréis su apodo.

• El ruso pasaba cerca de ellos con unos cuadernos y unos lápices bajo el brazo. Miraba con ansiedad a ver si encontraba la cara nueva que retratar para asegurarse su cena.

Don Manuel le hizo una seña. El ruso saludó familiarmente, como si los conociera mucho, cosa que satisfacía al buen señor. Le indicó a Isabel.

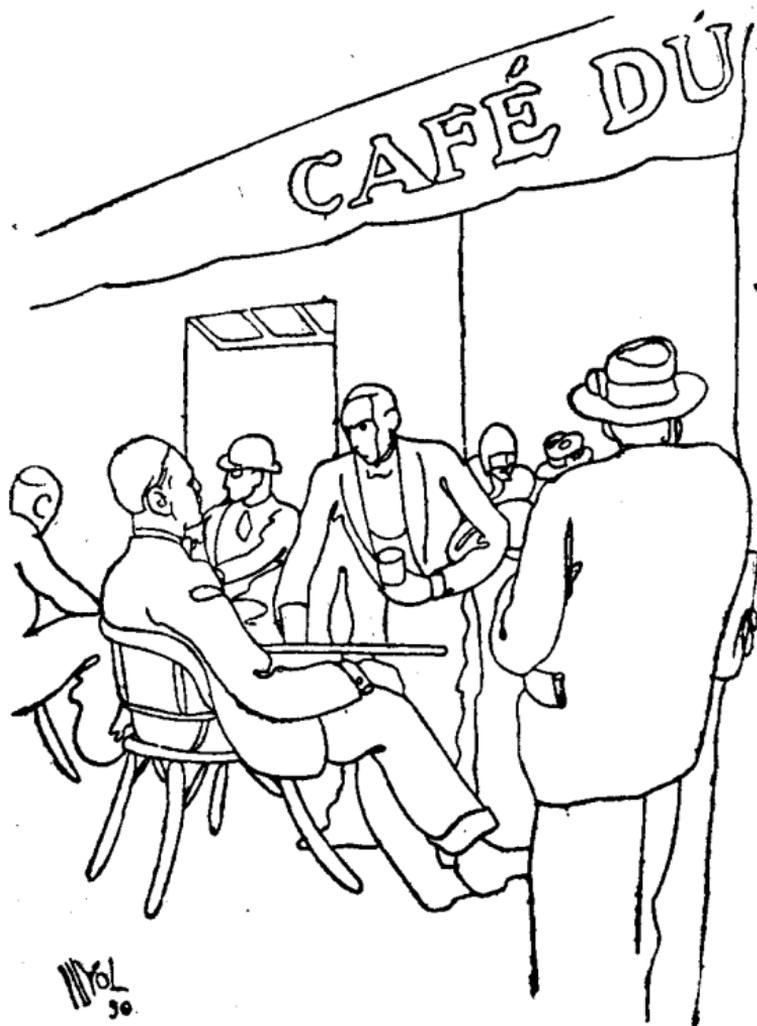
—Buen tipo de española—le dijo.

El se llevó los dos dedos de la mano derecha a los ojos, con ademán de saltárselos, y chasqueó los labios para indicar su admiración.

Le hicieron sitio y comenzó a pintar con sus lápices de colores.

Mientras pintaba hacía los extraños gestos con la boca que le habían valido su apodo. Toda la cara se le volvía boca; una gran abertura sin dientes, dentro de la cual parecía tener una bola que le inflaba las mejillas. La abría, la cerraba, la torcía, de una manera turbadora, sin dejar de mirar a la muchacha.

—Se parece—decía Emilia, que estaba sentada a su lado y veía formarse la imagen.



—¡Es un mamarracho!—contestó en español su hermano.

—Cuidado, no te vaya a entender—dijo Rosa—. Porque ya os habréis fijado en cuánto español e hispanoamericano hay por aquí.

—Lo que no veo son artistas—dijo Julia.

—No hay gente muy distinguida—añadió Isabel.

La familia de don Manuel se ofendió de la apreciación.

—Que no os dáis todavía cuenta—dijo una de las niñas.

—Que no conocéis—dijo otra.

—Yo creo que esa señorita tiene razón—comentó un hombre alto, que estaba en la mesa colocada detrás de ella, dirigiéndose a su acompañante—. A mí me molesta “La Coupole”; Montparnasse quiere competir con Montmartre y no lo logra.

—Yo creo que todo es efecto de la época—contestó el otro—. Hace unos años, antes de la guerra, la “Rotonda” era en Montparnasse un refugio de arte, de alegría, que nada tenía que envidiar A LA OTRA ORILLA. Ahora todo ha variado de aspecto.

—Es como si los artistas que venían a estos cafés se hubieran muerto todos en las trincheras—siguió el primero—. Aquí se dan cita los burgueses, comerciantes y tenderos de la orilla izquierda. No hay más originalidad que la de estos pobres rusos que mendigan entre ellos, los hispanoamericanos de poco dinero que llegan con deseo de verlo todo y cuatro extravagantes que se creen ser dignos de nota por venir con botas de montar.

Julia no oyó la contestación, y pensó que tenía razón el desconocido, al ver cómo don Manuel saludaba a la mayor parte de los concurrentes.

Entretanto el ruso seguía dando pinceladas y gesticulando desesperadamente. De mesas cercanas se

asomaban curiosas cabezas y parecían aplaudir la obra, cuya larga duración ponía nerviosa a Isabel.

Cuando terminó el trabajo, don Manuel le entregó un billete de diez francos y el melencólico se apresuró a saludar y marcharse antes de oír los juicios que suscitaba su arte.

—Está todo París lleno de rusos—comentó uno de los jóvenes.

—Ahí, donde ustedes los ven, son verdaderos nobles... Príncipes y duques... que no han servido para nada, más que para criados. Hubiera sido mejor que la revolución acabase con todos.

Don Manuel se puso en pie.

—Son cerca de las doce; aquí la gente se recoge temprano...

Acudió el mozo, y comenzó a hacer rápidamente la adición de lo consumido por las cantidades grabadas en los platillos. El dueño se acercó también. Mimbaba a los buenos parroquianos, y dió unas palmaditas en el hombro de don Manuel con las manos gordiflonas, cuyos dedos sabañosos, cubiertos de brillantes, guardaban huellas de haber fregado muchos vasos.

—Este tío—dijo don Manuel en español—gana una burrada de dinero todas las noches.

Don Antonio suspiró.

—Tengo que cambiar de costumbres: en España vivimos de noche.

—¿Si quieres que nos quedemos más rato?

—¡De ninguna manera!

Deseaba también irse. No le gustaba tener sus hijas allí.

Salieron todos procesionalmente. Julia e Isabel miraban llenas de asombro aquella concurrencia de hombres mal vestidos en su mayoría, entre los que para cada una de las mujeres bien vestidas, había cien

con trajes y sombreros extravagantes y hasta grotescos.

Sobre todo les molestaba no llamar la atención, como les sucedía en su tierra, ni tener el éxito que les habían predicho a sus tipos españoles. La ciudad inmensa creaba algo absorbente que hacía que no se fijasen en ellas.

Apenas en la calle, lejos de la brillantez de los cafés, parecieron sumirse en la oscuridad de un túnel. Siguieron por el Boulevard Raspail, tan desierto, que en los jardinillos, colocados en su centro, de trecho en trecho, parecían una prolongación del cementerio, como nichos enflorados que no cabían en él.

Los escasos transeúntes volvían la cabeza cuando se cruzaban, pero era sólo extrañados de que hablasen tan alto.

Al llegar a la plaza de Saint Sulpice, se detuvieron. La familia de don Manuel vivía allí y la de don Antonio necesitaba ir al otro lado del río, hasta la Avenida de La Opera, donde tenían habitación, casi en el tejado de sus oficinas.

París ofrecía ese aspecto de recién lavado que toma en la noche.

—A mí me gustaría pasear ahora por todas estas calles y por el Luxemburgo, recordando las cosas que he leído—dijo Julia.

Se echaron a reír las tres hijas de don Manuel.

—Ya veréis que pronto os gusta más lo actual que todas esas historias—dijo Rosa.

—Ya nos iremos a los cines, los teatros, los bailes y a las piscinas...—añadió Angelita—. Entonces veréis lo que es París.

Una vez dentro de su "taxi", el mal humor de don Antonio estalló con la familia. Estaba furioso. Tenían que conservar las relaciones con la familia de don Manuel, que le era necesario para el negocio, pero nada de dejar a las niñas que tuviesen esa libertad de las

otras. No habían de separarse del lado de su madre.

—¡Bueno fuera que yo dejase que mis hijas hicieran ésas desvergüenzas de irse solas de bailoteos y de piscinas!—concluyó.

Doña Dolores temía que las muchachas se revelasen contra la severa dictadura, y les apretaba enérgicamente las rodillas con las suyas.

—Pero Antonio, ¿a qué hablar de eso? Ni que decir tiene. Nosotras somos siempre las mismas.

Antes de acostarse, las dos hermanas se asomaron al balcón de su quinto piso. Veían desde allí toda la Avenida de la Opera, la gran plaza, la fachada del soberbio teatro, las calles laterales y el cruce de los boulevards. Era la hora de la salida de los teatros, bullía a sus pies el banco de hipopótamos charolados, nadando a flor de agua, que formaban los automóviles.

Luces, guiños de los anuncios, por donde corría la savia del gas neon; voces, bocinas.

—¡Esto es sorprendente y maravilloso!—confesó Julia.

—Sí... pero SIENDO ALGUIEN. Para ser notado aquí se necesita algo muy extraordinario. Anoche leía yo el capítulo de una novela vieja de Ponson du Terrail. Describía cómo se despertó la ambición del protagonista, para llegar hasta el crimen, mirando París a sus pies y pensando en la embriaguez del triunfo sobre esta ciudad.

—Nosotras no sabemos de eso. No hemos tenido nunca nada.

—Razón de más para desearlo todo.

—Pues ya ves papá. Nos quiere tener como monjas.

—Yo te aseguro que no me conformo.

—Ni yo tampoco.

—Somos jóvenes, tenemos derecho a gozar.

—Yo quiero vivir mi vida.

—Y yo también.



—Pero...

Se detuvo desconcertada, como si algo helase su entusiasmo.

—¿Qué?

—Si nadie repara en nosotras.

Sin atreverse a decir nada más entraron en su alcoba. Era el miedo inmenso de quedar perdidas entre la multitud lo que les inspiraba la gran ciudad.

II

BERMÚDEZ es el tipo perfecto del coronel español—decía doña Dolores, que era hija de militares, cuando quería hacer el supremo elogio de su marido, al cual llamaba siempre por su apellido.

Simbolizaba así el carácter severo, rectilíneo, a lo Guzmán el Bueno, de don Antonio; que hacía culto de un españolismo antiguo régimen y conservaba hasta el mostacho cano, cerdoso, que salía chorreando de todos los vasos y tazas, y lo obligaba a desplegar su enorme pañuelo.

La autoridad de don Antonio en la familia era absoluta, pero no despótica, porque nadie le contradecía. Había mandado desde niño en su madre viuda y en sus hermanas, y después en su mujer y en sus hijas.

En las costumbres provincianas españolas del siglo XIX el hombre, por ser hombre, era la autoridad suprema y todas las mujeres de la casa se desvivían por complacerlo y servirlo. Hasta las criadas, que soportaban de mal grado los mandatos de las señoras, encontraban justificados y obedecían como esclavas los caprichos del señor. La obligación de las mujeres, que las disculpaba hasta de ir a misa, era tener cuidada la ropa de los hombres, lustrados sus zapatos y pronta la comida, en la que se les daba la preferencia, ofreciéndoles manjares que no tomaban los demás individuos de la familia.

La peor fama que podía tener una mujer era la de llevar mal arreglado a su marido. Estaba disculpada la cólera del que encontraba que le faltaba un botón en la camisa.

En cambio, la peor nota de un hombre era la de ser demasiado blando con la mujer, consentirle ser una biltrotera y plegarse a sus gustos para prescindir de sus hombradas, que solían ser a veces jaranas y juergas.

Modelo era en ese punto el hogar de don Antonio. Ni él era hombre vicioso ni las mujeres de su familia daban nada que decir. Siempre que se solicitaba algo de doña Dolores, ella no resolvía jamás sin decir:

—Se lo consultaré a Bermúdez.

Y hasta antes de dar su opinión de las cosas, se aseguraba de la conformidad con la opinión de su marido.

Pero aquel buen equilibrio no estaba exento de hipocresía, sobre todo desde que las niñas eran mayorcitas. Tanto ellas como doña Dolores se habían acostumbrado a bordear la autoridad de don Antonio con pequeños e inocentes engaños.

El, por su parte, solía tener sus ribetes de picardía, para no estar en ridículo ante los otros hombres con una conducta demasiado pura, y solía decir:

—Yo soy un hombre como los demás, y reniego del caballo que no relincha cuando ve una yegua; pero sé hacer todas las cosas con decencia y sin perjuicio de mi familia. ¡Que arda la casa y no se vea el fuego!

Era la teoría que iban aprendiendo las niñas. Su padre las adoraba. Su única pena era no haber tenido un varón, cosa que hacía más sumisa a doña Dolores, culpable de no contribuir a la felicidad de Bermúdez. Así, sin darse cuenta, había mimado a las hijas con exceso, formando una mezcla de mimo y severidad, cuyo equilibrio no se rompía gracias a la vigilancia de la madre, que se prestaba a los tapujos.

De ninguna manera consentía don Antonio que sus hijas fuesen a un baile. Sólo al teatro cuando eran obras morales, acompañadas siempre de la madre o de personas de respeto, y nada de noviazgos. Criticaba tanto el pelar la pava por la reja como el consentir que el novio entrase en casa, se sentase al lado y se hablasen bajito. ¿Qué tenían que decirse que no se pudiera oír? Condenaba hasta el largo tubo que empleaban los puritanos para hablar sin acercarse, porque permitía el secreto.

—Las mujeres no saben bien lo que es ser novio —decía—; yo, como he sido novio, no quiero que otro esté cerca de mis hijas como yo he estado con otras.

Sin embargo, no quería que se confundiera su severidad con oscurantismo. Había hecho que sus hijas estudiaran con maestras que iban a darles lección en casa, y le gustaba la gran disposición que tenían para los deportes, como si eso le consolase algo de no tener el deseado varoncito.

Cuando iban a la hacienda que poseía en un pueblecito cercano a Valencia, las dos niñas montaban a caballo con él; se entretenían en partidas de esgrima, en nadar en la solitaria playa y en acompañarlo a sus partidas de caza. Las creía don Antonio modelos de inocencia, ignorante de los libros que habían pasado por sus manos, de los noviazgos de que no se había enterado, y de los bailes y las fiestas adonde las llevaba la madre con el mayor secreto. Nunca le había revelado nadie las escapatorias. Parecía que había entre todos siempre una solidaridad para engañar la rectitud.

Así es que cuando don Antonio, cuyos negocios iban de mal en peor, tuvo que aceptar la representación de la casa frutera de París, la alegría disimulada de la familia fué grande.

Las niñas pensaban en vivir con libertad todo aquel

ambiente novelesco y poder burlar mejor la autoridad del padre. Así es que se encontraban sorprendidas al ver que la madre dejaba de ser su aliada y hacía causa común con su marido. Doña Dolores se asustaba de la gran ciudad, y en cada hombre que miraba a sus niñas creía ver un apache disfrazado, capaz de despezadarlas y tirarlas al Seña.

La familia de don Manuel era el reverso de la medalla. Don Manuel era un "viva la virgen", que no se preocupaba más que de darse buena vida. Comía mucho, bebía más y fumaba mejor, siempre con la lengua cubierta de una capa blanca y saburrosa y con los párpados congestionados, quejándose de dolores y alifafes; se había pasado la vida, hasta estar próximo a los setenta, con el mismo vigor que hacía veinte años.

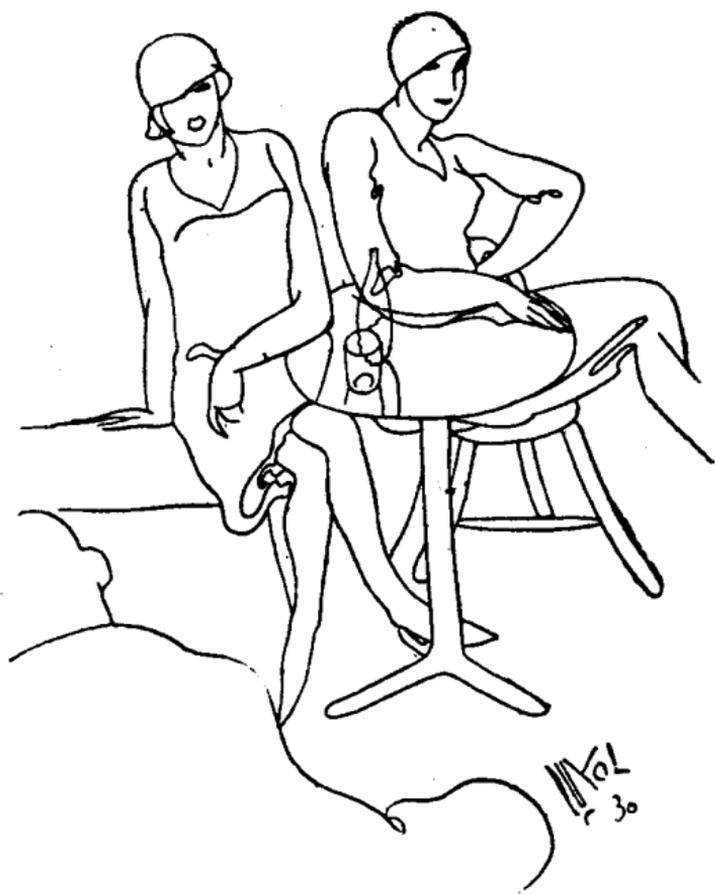
Conservaba un aire de amo de su casa, gracias a que fingía no enterarse de nada, porque le tenía un miedo cerval a su mujer y sus cinco hijos, sobre todo a los dos varones. Dejaba hacer, como si no viera.

A pesar de sus años, se complacía en echarla de calavera, y contaba sus conquistas sin recato delante de las hijas y de la esposa, que, indiferente a los celos, solía consentirle hasta las relaciones con las criadas, sin despedirlas, con tal de que la sirviesen bien.

Era una familia feliz, porque cada uno hacía lo que quería y aparentaba ignorar lo que hacían los otros. El padre conservaba un aspecto de autoridad, porque se temían sus accesos de cólera; y a la madre, que guardaba con mano firme los cordones de la bolsa, había que tenerla contenta.

Así se establecía un feliz convencionalismo. Los dos muchachos tenían sus trapicheos; pero no faltaban jamás a la hora de acostarse y casi nunca a la de comer.

A las tres chicas no se las veía en todo el día, ocupadas en sus empleos y estudios; pero todas las no-



ches se acostaban en la gran alcoba triste, con la tristeza de la mayoría de los interiores de París. Tenían allí sus tres camas, sus armarios y la vieja cómoda, donde cada una encerraba en su cajón polvos y pinturas, para que no se las gastasen sus hermanas.

Cada una era dueña de su bolsillo y gastaba en sus diversiones y en sus trajes, que las demás no discutían.

Por la mañana almorzaban fuera, con excusa de lo lejos que estaba la oficina, y por la noche solían estar convidadas en casa de familias amigas. A veces se iban de excursiones y tardaban dos o tres días en volver; pero eran tan formalitas que no se podía sospechar nada de ellas, e iban siempre en compañía de personas honorables, amigas de sus padres o sólo suyas, pues cada una de ellas tenía su círculo privado de relaciones sociales.

A veces le decía don Manuel a su esposa:

—¿Sabes, Luisa? He visto a tu hija Angelita irse sola en un auto.

El jamás empleaba, al hablar de los hijos con su esposa, el posesivo en plural.

—La he mandado yo ir de prisa a casa de Mendoza. Tenía que llevar un encargo.

—¿Por qué no cena tu hija Rosa esta noche?

—Le han invitado los Toquet.

Solía poner rostro terrible:

—¡Supongo que no irán a ningún "cabaret" ni a ninguna piscina!

—¡Qué cosas tienes! No piensan en eso.

—¡Es que no lo consentiría!

Las noches que venían a pasar las veladas con ellos don Antonio y su familia, don Manuel se enardecía aplaudiendo la severidad de su amigo. El tampoco consentía a sus hijas la más pequeña libertad que no estuviese en orden; pero era preciso ser mo-

ernos y hacerse cargo de que ahora, con lo difícil de la vida, las mujeres tienen que trabajar.

Todos lo apoyaban con cierta sonrisilla socarrona.

Era preciso contar con algo si los padres faltaban.

Al irse doña Dolores y las dos niñas hacían hincapié en la idea, que poco a poco lograban ir inculcando en don Antonio, el cual ya llegaba a hacer algunas concesiones.

— ¡Si encontrarán oficina donde estar juntas!

— ¡A ver si no nos crees capaces de poder estar solas, papá!

— No es por vosotras...; pero yo conozco el mundo.

— Pues mira el ejemplo de Emilia, Angelita y Rosa.

No tenía el buen señor nada que oponer, y se evadía perdiendo terreno.

— ¡Ya veremos! ¡Ya veremos!

III

AQUEL magnífico edificio, de alta cúpula, que les parecía una catedral, era el cinematógrafo a que tanto deseaban ir para ver la film parlante de moda.

Estaban admiradas del excesivo número de personas que formaban las tres colas ante las tres diversas taquillas, con diferentes entradas, donde se vendían las localidades.

—Y eso que es sesión continua y comienza a las once de la mañana y termina a la una de la madrugada—comentó Julia.

—Lo que no comprendo es cómo tardan tanto en vender—dijo doña Luisa.

—Es raro—añadió Isabe!—. Sólo de tiempo en tiempo ese criado de librea deja pasar una o dos personas.

—Ahora han pasado cinco.

—Pero hacía ya mucho rato que no entraba nadie.

—¡Y la taquilla está abierta!

Las iba acercando el empuje de los que avanzaban, y, al fin, Julia logró descifrar el misterio.

—Está tan lleno el local—dijo—que no pueden vender más que las plazas de los que van saliendo. Fijaos.

—¡Una plaza!—anunciaba el criado.

Avanzaban los que iban solos.

—¡Tres plazas!

—¡Yo, dos!

—¡A mí, una!—exclamaron varios.

—¡Hemos perdido la ocasión!—advirtió Isabel.

Volvieron a anunciarse plazas una a una.

—Estamos ya en la puerta un cuarto de hora, y no vamos a entrar nunca—dijo la madre.

Julia tuvo una idea luminosa.

—Vamos a tomar las plazas una a una, y nos reuniremos dentro.

El calor y los apretones tenían sofocada a doña Dolores. Sus pies abotargados le dolían de la larga espera. Quiso, sin embargo, protestar; pero las hijas apremiaron:

—Ahora, con la primera, entras tú y nos esperas.

—¡Una plaza!

Se apresuró Julia a tomarla y dársela a su madre.

—Pase...

La empujaron para separarla de los que esperaban, y se encontró en el vestíbulo. Quiso pararse para esperar a sus hijas; pero otro hombre de uniforme le intimó la orden.

—¡Circulad!

—Es que...

Se detuvo, no encontrando las palabras francesas para hacer comprender bien lo que deseaba, y el hombre le repitió con dureza, como si la arrojase de allí:

—¡Circulad, circulad!

Se encontró, sin saber cómo, dentro del salón inmenso y oscuro. Percibía el rumor y el vaho de la gente a su alrededor; pero no veía nada más que los que se movían en la pantalla.

La luciérnaga del acomodador le señalaba una butaca. Se sentó. La acometía una gran inquietud al verse así separada de sus hijas. Clavó la mirada en la puerta por donde había entrado, y esperó.

Pasaba minuto tras minuto, y las chicas no parecían. Acostumbrados sus ojos a la oscuridad, distinguía a los que dejaban el salón y a los que penetraban en él. Estaba bastante cerca de la puerta, ¡y sus hijas no entraban!

Entonces se fijó en que la enorme sala tenía seis o siete puertas.

—Y si han entrado por otra, ¿cómo verlas?—se preguntaba ya angustiada.

Miraba aquel campo de cabezas que había ante ella, con la esperanza de distinguir los sombreros de Isabel y de Julia. Le daban tentaciones de dar la vuelta a la sala para que ellas la viesan y la llamasen; pero estaba segura de que no la dejarían hacerlo.

—¿Estarán las dos juntas?—se preguntaba.

No había esperanza de que se hiciese la luz. Había que esperar hasta el final. Su disgusto no la dejaba prestar atención a la película. Aquel actor, cuya figura se proyectaba en la pantalla, no le parecía una imagen plana; lo veía hablar y moverse como un personaje real, que hablaba, cantaba y repartía miradas entre los espectadores. No lo entendía bien ni se fijaba en el argumento; lo que la obsesionaba de él era la dentadura, menuda, brillante, que parecía orificada y que adquiriría un relieve y un valor extraordinarios. Lo que más sobresalía era la dentadura.

Al fin volvieron a proyectarse las escenas de la revista sonora que vió al entrar. La sesión estaba acabada. Se encendió la luz en la sala; pero no lograba ver a sus hijas. Entonces pensó que ya habrían salido y la aguardarían fuera. ¡Tampoco estaban en el vestíbulo!

Durante más de media hora doña Dolores anduvo dando vueltas por las aceras, las taquillas y las salas de espera, a ver si las encontraba en alguna parte.

—Indudablemente se han ido a casa, suponiendo que allí nos hemos de reunir al fin—pensó.

Tomó un "taxi", llena de impaciencia, y antes de subir preguntó en la portería. ¡No había llegado aún nadie: ni sus hijas ni su marido!

Se alegraba de la tardanza de éste. No quería ni

pensar a lo que se exponía si llegaba antes y se enteraba de que había perdido a sus hijas.

Tembló al oírlo llegar y encerrarse en su cuarto para cambiar de ropa. Doña Dolores procuraba serenarse y disimular con la esperanza de que las niñas llegaran a tiempo, e iba difiriendo el momento de tener que ponerse a la mesa. El jugo psíquico del estómago de don Antonio se excitaba con el olor de la carne que había quedado asada para la cena.

—¿Por qué no cenamos? ¿Dónde están las niñas?

Doña Dolores rompió a llorar y confesó a su marido lo que ocurría.

La inquietud fué más fuerte que el enojo.

—¡Pero es imposible que no estuvieran ya aquí si no les hubiera ocurrido algo!

—Las dejé dentro del teatro.

—¡Eso no importa! ¡No queréis convenceros de lo que es este París! A las niñas les ha sucedido algo..., algún accidente... Heridas..., muertas tal vez..., ¡y ojalá no les haya ocurrido más que eso!

La pobre madre, asustada, se hincó de rodillas ante la estampa de la Virgen de los Desamparados que tenía a la cabecera de su cama. Don Antonio paseaba de una habitación a otra, sin dejar de proferir denuestos. ¡Las niñas no parecían!

—¿Quieres que demos parte, Antonio?—propuso la madre—. Es necesario buscarlas. No podemos estarnos así.

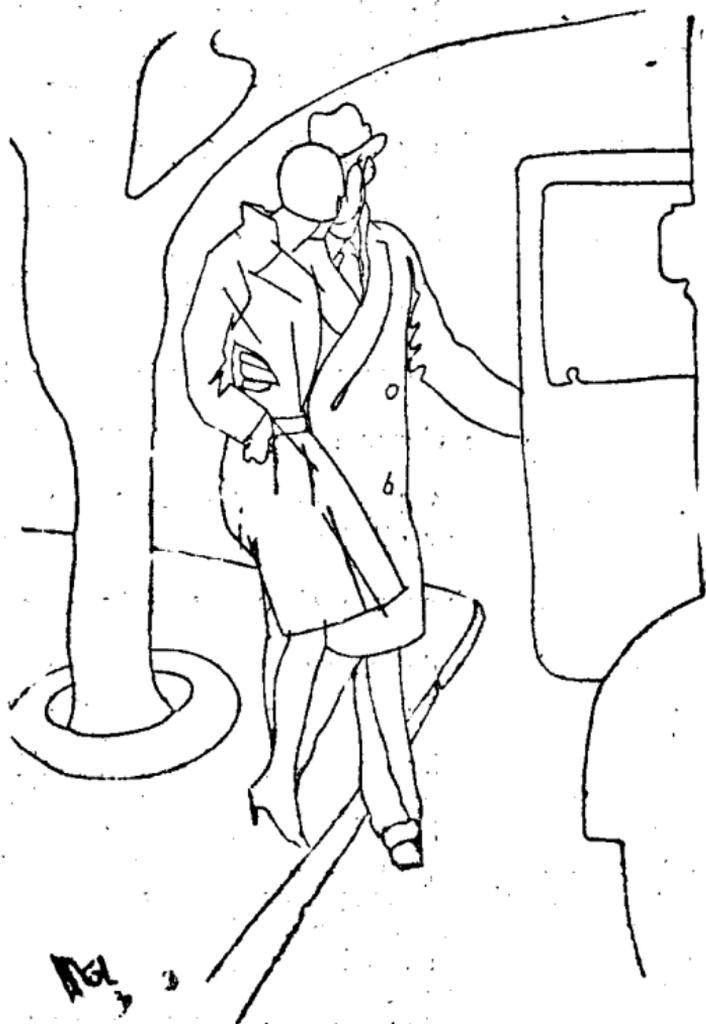
Se enfureció más él.

—¡Echar una mancha sobre nosotros buscando a las niñas como si fuesen unas aventureras! ¡De ningún modo! Y te advierto que si no explican satisfactoriamente su ausencia, no entrarán más en esta casa.

—¡Pero Antonio!...

—¡Y tú, su cómplice, no has de pasarlo mejor!

Por fin, a las once, se oyó la voz de Julia que pedía "cordón" al portero para que les abriese la puerta.



Entraron tranquilas, risueñas, como si nada hubiese pasado.

—¡Buen susto nos has dado con no encontrarte al salir!—dijeron a su madre—. Desesperadas de no verte, nos hemos tenido que esperar al final de la segunda sesión.

Había tanto candor en su voz, que el padre no pudo conservar la seriedad.

—Nosotras sólo nos asustamos por mamá; por lo demás, ya ves. Aquí nos tienen sanas y salvas.

Todas las recriminaciones de don Antonio fueron para la esposa. No era cosa de turbar con sospechas la inocencia de las niñas.

—Vamos a cenar, y que no vuelva a ocurrir; hay que ser prudentes.

Cuando las dos se vieron solas en su habitación, se abrazaron, riendo.

—¡Pobre mamá, qué disgusto la hemos dado!

—¡Sólo lo siento por ella! ¡Pero es tan hermosa la libertad!

Había sido bien inocente el uso que hicieron de ella.

Entraron en la sala del cine poco después de su madre, pero por una puerta distinta. Bien pronto se dieron cuenta de que les sería imposible reunirse hasta el final, cuando se hiciese la luz en la gran sala. Pero en lugar de afligirse, experimentaron la sensación de alegría propia de los chiquillos que escapan a la férula de su niñera. Habían sentido deseos de aire, de luz, de volar libres, de sentir su personalidad afirmada.

Como niñas que se escapan de la escuela, las dos hermanas abandonaron sus butacas.

—Volveremos antes que salga mamá.

Se vieron en plena luz, en el aturdidor bullicio de los bulevares, y se sentaron en la próxima terraza a tomar café.

Parecía que veían un París nuevo, que les habían

quitado las gafas ahumadas para contemplarlo con toda su brillantez.

Y al mismo tiempo, ellas se hacían más visibles. Las miraban y mariposeaban a su alrededor.

Ya comenzaban a encenderse escaparates y anuncios. Era su diversión favorita ver las novedades que deseaban comprar. Las dejaban como apartadas para volver por ellas.

Entre la multitud de coches, que no podían apenas circular, se destacaba un automóvil del turismo, más grande y alto que los demás. Sus asientos, en hileras transversales, les parecían cómodos como butacas.

—¡ Son coches de alegría! Mira qué felices van las gentes en ellos.

Sonreían todas las caras de los que los ocupaban y miraban curiosos a todos lados.

—¡ Si nos fuéramos ahí!

A los pocos minutos ellas, olvidadas de todo, formaban parte de los paseantes en el gran coche, que era una especie de torre de Babel con ruedas: ingleses, brasileños, italianos y chinos. Detrás de ellas iban unos hispanoamericanos que comenzaron a mirarlas con insistencia de conquistadores, pero que no volvieron a hacerles caso cuando las oyeron hablar y notaron que no eran francesas.

Aquel paseo por "todo París", como decía el hombre que explicaba el itinerario, resultaba maravilloso. Después de la brillantez aristocrática de los Campos Elíseos, el romanticismo del Sena y de la Cité. Las perspectivas de la vieja plaza de la Grève, transformada en la plaza del Hotel de Ville; la vuelta a los bulevares, pasando por las puertas de la Bastilla y San Denis; todo iluminado, brillante, aturdidor. ¡ Y aquel Montmartre en fiestas! Con los barcos, los circos, los carroussels, donde una tela envolvía a los paseantes en las vertiginosas vueltas, sin lograr apagar los gritos.

El Molino Rojo giraba en la noche las aspas, que pa-

recían mover las grandes muelas trituradoras de preocupaciones y pesares. Por todas partes se oían músicas, se veían danzas, terrazas en las que se bebía alegremente; restaurantes iluminados.

-Las atraía la visión de las mujeres elegantes y escotadas en torno de las mesas.

Las parejas se abrazaban despreocupadamente. Recordaban la condenación de su padre a la ciudad del placer, cuando la comparaba con la "Roma de la decadencia", y se indignaban de aquel anticuado punto de vista. El error era no entrar con el ánimo libre de preocupaciones en el concierto de aquella vida alegre para gozar en sus trivialidades. Mudas ambas, se estrechaban la una contra la otra. Sentían penetrar en su carne el encanto de París.

Cuando el coche se detuvo ante la Opera Cómica, donde terminaba la excursión, recordaron que habían dejado a la madre en el cine, y que el padre las esperaba para cenar.

Una vez terminada felizmente la aventura, tan sencilla e inocente que no les producía inquietud, las dos hermanas se sentían contentas. Pero no se podrían ya resignar de nuevo a la sujeción que rayaba en la esclavitud.

—Es preciso recabar nuestra libertad—decidieron.

—Queremos vivir nuestra vida.

IV

IBA don Antonio perdiendo autoridad, sin darse cuenta.

Las dos niñas habían vencido en su empeño de buscarse un empleo.

Se daban las batallas en casa de don Manuel, donde se reunían a hacer música y pasar el rato un par de veces por semana. Iban también a la reunión algunas amiguitas francesas, que les gustaba contemplar a los dos vejetes, felices de verse rodeados de muchachas, sin intervención de hombres jóvenes. Los únicos que podían quedarse eran los dos hijos de don Manuel, y preferían irse a sus francachelas, lejos de la familia.

Allí convencían a don Antonio y a don Manuel de que los hombres modernos no deben ir contra el progreso.

El primero en darse a partido en todo era don Manuel, puesto que fingía la resistencia. Don Antonio se molestaba ante la transformación de sus hijas. Era preciso convencerlo hasta de las cosas más triviales, de su maquillaje o de su vestido.

—Verdaderamente, las cosas no tienen ya la significación de antes—decía don Manuel—. Hoy se pintan y se escotan las mujeres decentes. Todo lo hace la costumbre.

—Más provocativa está ya una mujer con falda larga—decía doña Luisa—. Nos vamos acostumbrando a ver las piernas al aire y a nadie llaman la atención.

—Indudablemente, había más picardía en los antiguos—llegaba a confesar doña Dolores.

—La mujer ha variado y sabe defenderse mejor. Antes eran tan tontonas que en estando media hora solas con un hombre ya les sucedía una desgracia—afirmaba Emilia—. Ahora estamos siempre con ellos y no se pasa de buenos camaradas.

Tenían que convenir en que el mejor guardián de la virtud de la mujer era su independencia económica.

Rosa se preparaba para entrar de aspirante de Marina en el barco escuela para mujeres, y Angelita pensaba dejar su empleo para dedicarse al cinematógrafo.

Influido por todo aquello, don Antonio iba concediendo la libertad a sus hijas, con gran contento de la madre, que parecía realizar en ellas los anhelos incumplidos de su juventud.

No tenía razón que oponer don Antonio a que sus hijas desearan buscarse un empleo y conseguir una posición para el día de mañana, ya que era difícil encontrar marido.

En realidad, la aportación de su trabajo no venía mal tampoco, si ganaban siquiera para ellas. El negocio de fruta no iba bien, con las campañas difamatorias de microbios venenosos en las frutas valencianas.

Tuvo, al fin, que consentir en que aceptasen dos colocaciones serias: Isabel, de mecanógrafa en una casa editorial, y Julia, más versada en estudios, de secretaria en una oficina de turismo.

Aquello les había dado a las dos hermanas más preponderancia en la familia. Don Antonio se hacía más tolerante; las dejaba salir con sus amigas, aunque siempre acompañadas de la madre, y había llegado a llevarlas a ver un baile de Carnaval en la Gran Opera, pero sin soltarse de su brazo.

Sin embargo, era necesario tener cuidado. De vez en cuando montaba en cóleras terribles, como un día



que descubrió sobre la cama las camisas de seda de Julia y las braguitas de encaje.

—¿Para qué quiere esta ropa interior una mujer decente?—bramaba.

Tuvo que venir doña Luisa y mostrarle las intimidades de sus hijas para que se diera cuenta de que entre los refinamientos de la mujer moderna está el embellecerse para ella misma.

—Además—aseguraban las chicas—, sin buena ropa interior no se puede ir elegante por fuera. Se advina.

Era preciso estarlo engañando constantemente en el precio de las joyas y de los perfumes para que no se escandalizara.

—Bermúdez está acostumbrado a que con un frasco de agua de Colonia tuviera yo para un año—decía la esposa disculpándolo.

Ahora, las dos chicas habían encontrado manera de prolongar sus horas de libertad. Se negaban a cenar todas las noches, porque así lo exigía su régimen. A la hora de la cena, las dos se envolvían en sus abrigos y se iban a pie hasta el Arco de la Estrella. Gastaban una hora en su paseo, y volvían cuando los padres comenzaban a jugar al tute subastado. Los ponían de buen humor con su charla, refiriendo las cosas que habían visto. Se detenían en las puertas de los grandes hoteles, para contemplar los trajes y las joyas maravillosas de las damas que entraban en ellos.

Los días de fiesta, el pretexto para escaparse era la lección de "gimnasia bolchevique".

—La gimnasia sueca no se usa ya—decían—. Ahora, para estar ágil y sana, se necesita la gimnasia bolchevique, que es, a la antigua gimnasia, como el chárleston es a las habaneras.

Por las tardes tenía la madre que acompañarlas a las reuniones. Doña Dolores necesitó hacerse vestidos escotados, con piedras y lentejuelas, y don Antonio

sentía cierta vanidad en referirle a sus amigos “que se veía obligado a “pasarse el smoking” todas las tardes”.

Los dos chicas tenían novio, sin que lo supiera el padre, que las creía “faltas de naturaleza” y tan inocentes, que no pensaban en el amor.

El novio de Julia era un dependiente de “La Samaritana”, al que tenía que pagarle el gasto cuando quería que la convidase, pero que era un excelente camarada para inventar diversiones y reírse a más no poder.

El novio de Isabel era español. Un muchacho asturiano que había ido a París a “luchar”, y que tenía ya arruinados a los padres, que le enviaban todos sus ahorros, con fe ciega en que su talento había de abrirle paso para llegar a ser un gran pintor.

De vez en cuando se reunían las dos hermanas y sus enamorados con las hijas de don Manuel y las otras amiguitas, que solían variar de acompañantes de una vez para otra.

Eran noviazgos sin importancia los suyos. Los pretendientes no llegaban a conocer a la familia. Unos días de diversión, que no comprometían a nada.

Ellas advertían a Julia y a Isabel:

—Os estáis formalizando demasiado.

—Es que no saben desprenderse de la levadura sentimental de las españolas—decía una de las francesitas.

Las dos hermanas se sentían un poco molestas con esa apreciación, quizá por lo de cierto que había en su fondo. Ellas deseaban ser modernas, pero no sabían dejar de tomar por lo serio los noviazgos.

TE has llenado la punta de la nariz de mantequilla.

Isabel se echó a reír, con su franca carcajada en a, y se miró en el diminuto espejo de la polvera la nariz que, entre el blancor de la tez, parecía un botón de rosa.

—Es que me he tragado materialmente mi desayuno en el “Bar Automático”.

—Aun no es tarde.

—Sí, pero no voy a la oficina. Mira.

Le señalaba un pequeño anuncio en “Le Journal”: “Se necesitan maniqués, talla cuarenta y dos. Buenos sueldos. Boulevard des Italiens, 72.”

El la miró con disgusto.

—Tienes una colocación tan segura...

—Sí..., muy segura... y muy fastidiosa. ¿Sabes tú lo que es ir dos veces todos los días puntualmente a la oficina..., tener que comer de prisa en un restaurante barato... y no poder cambiar de traje todos los sábados, cuando salgo contigo?

—Pero estás en una casa seria.

—¡Muy seria!... Ayer echaron a Marcela por... poco amable con el jefe. Como antes habían echado a Matilde por... exceso de amabilidad...

—¿Pero tú?...

—¡Tonto!—concluyó, dándole un papirotazo con el periódico—. No debe preocuparte eso. Seguiremos preparando la hucha para podernos casar... Corro en busca de esta colocación. Después hablaremos.

El le tomó la mano izquierda con la derecha, le echó el brazo izquierdo sobre los hombros, la apretó

contra su pecho y, sin preocuparse de los transeúntes, la besó, saboreando el goce de aquel beso, en plena calle, que sabía mejor que los besos tímidos y solitarios, como sucede con la fruta cogida en el árbol y comida al sol.

Ella escapó riendo, mientras él se limpiaba la mancha de bermellón que le había dejado en la mejilla, y tomaba el camino opuesto para ir a "La Samaritana".

Mareaba el "Metro" a Isabel por el exceso de gente que había a aquella hora: ruido, olor a humedad, de sudores, de perfumes mal combinados, retestin de fumadores aculatados, apretones, pisotones, codazos; era como si todos los que iban en el "Metro" no tuviesen más que codos y rodillas en punta. La necesidad de librarse de los apretujones parecía agudizar los huesos de los codos de las mujeres.

Tenía la sensación de que el túnel pasaba como una jarreta sobre la lanzadera inmóvil, hasta que ésta asomase por el otro lado.

A cada parada, rechinar de ruedas, hierros y maderamen. Puertas que se abren y se cierran; gentes apresuradas que se atropellan. Quejas:

—¡Cuidado, no me empuje!

—¡Ay, mi perrita!

—¡Que me pilla el vestido!

Carreras..., subir y bajar..., más hombres..., más mujeres..., otros..., otras... Todos ruedecillas de una máquina, y creyendo ser el centro de todas las que giraban a su alrededor.

Al fin llegó; salió apresurada y empujada como todos... Iba con el arroyuelo de gente que corría bajo la luna de aquel letrero que marcaba la salida.

El tubo de la escalera, como gran chimenea, echaba la gente fuera igual que bocanadas de humo.

Detrás de ella iban otras tres muchachas de su talla, que se dirigían al mismo sitio.

El recibimiento estaba lleno.

Se miraban unas a otras con algo de hostilidad, como si pensasen:

—¡Caramba, cuántas mujeres hay de sobra en el mundo!

En su animosidad, se daba el milagro de que, en vez de encontrarse mal, todas se hallaban bien. Valuaban los cabellos rubios, castaños o negros de las otras; el dibujo de la boca, pintada en forma de corazón, y la expresión de los ojos.

En lo que no se confesaban vencidas, porque lo creían lo más interesante, era en la silueta:

—Yo soy más alta—se decía una.

—Es linda, pero está demasiado gordita—pensaba otra, de la que tenía más cercana.

—Demasiado huesosa...; parece articulada con goznes—se decía en cambio ella, mirando a su vecina.

Al fin, se abrió la puerta de la oficina y comenzaron a entrar las pretendientes por el orden en que habían llegado. Al descorrerse la cortina, todas alargaban el cuello para ver el interior. Las que iban acompañadas de las madres, parecían más aburridas y despreocupadas, como si hubiesen declinado en ellas la responsabilidad de la presentación.

—Es una señora la que elige—averiguaron.

Esto produjo cierto desencanto. De un hombre se podía esperar más benevolencia. No suele ser buena la mujer con la mujer. Se iban a quedar embotelladas las sonrisas y miradas que iban en preparación, y que con otra mujer no surtían efecto..., salvo algunos casos. En cambio, había un pretexto para salvar el amor propio de las rechazadas.

—Seguramente elegiré a las peores. No hay mujer que no sea celosa de las otras. Sólo yo, que no tengo qué envidiar y me conformo con ser como soy.

Este comentario de la primera rechazada halló eco en las otras.

Comentaban airadas y deseosas de sembrar la desanimación:

—¡No sé qué es lo que quiere!... Yo tengo las medidas exactas.

—¡Nos van a pesar como a las "estrellas" de Hollywood!

—¡Si lo sé, vengo sin desayunar y sin nada dentro!

—Dice que estoy demasiado delgada—decía una chiquilla con aspecto de tuberculosa—, y que este año recobran su imperio las llenitas.

—Es que los honibres están ya hartos de huesos—murmuró la madre de una regordeta.

Le tocó el turno a Isabel.

Entró con paso resuelto, firme, y dió una media vuelta al pararse ante la dama de cabellos blancos que la recibía, con una aire tan satisfecho como si, en lugar de su vestidillo de jerga azul, su casquete gris y su renard de imitación, llevase un lindo modelo.

La mujer sonrió, sin comprender que la muchacha prescindía ya de la timidez, con la audacia de la derrota.

La hizo subir sobre la báscula.

Cincuenta y seis kilogramos. Hay margen. Altura, ciento sesenta y cinco centímetros. Está bien. Talle..., espalda..., caderas..., brazo...—iba apuntando en un cuaderno—. Las manos, pequeñas; pies, españoles... Las españolas tienen "cabos finos". Su tipo, de usted es muy a propósito para los trajes de calle... El cuello y las piernas muy largos. Le irán bien todos los colores. Es morena, de piel blanca... Siéntese en el diván.

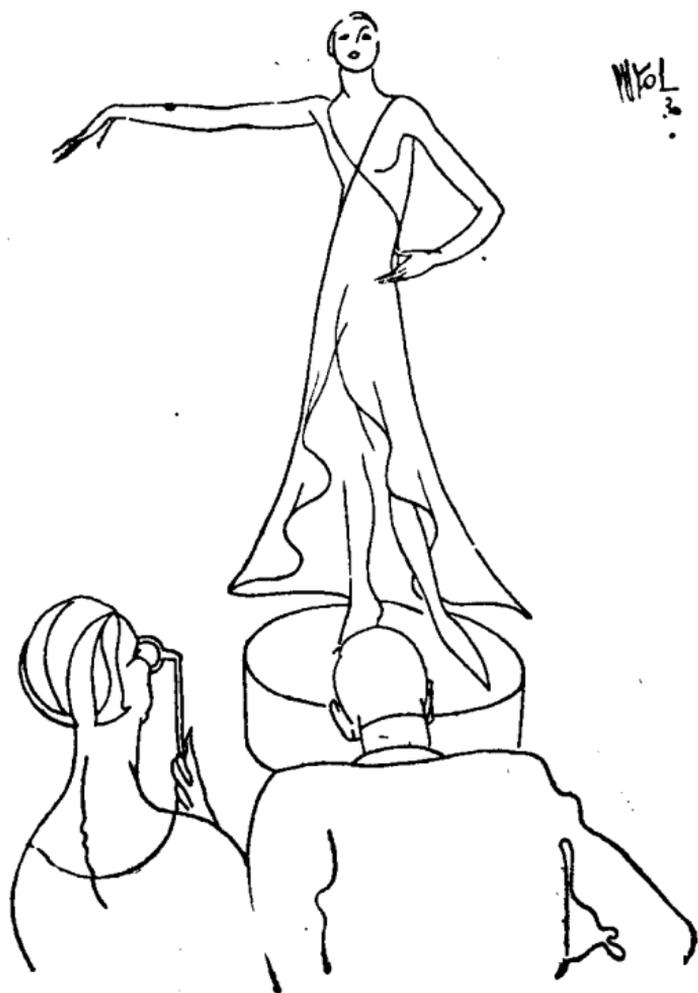
Ella seguía aquella revista con interés. Era como si se la estuviesen revelando a ella misma.

Le pareció que iban a admitirla y se sentó donde le indicaban.

Siguieron entrando otras muchachas. Ya, segura de su éxito, ella se interesaba por algunas.

—Esa es muy bonita.

—Esa tiene aire de buena muchacha.



—Esa parece que debe tener hambre.

—Esa es elegantísima.

Al fin, quedaron otras cuatro apartadas del rebaño. Cambiaron entre sí una mirada amistosa.

—En principio, están ustedes admitidas—dijo la mujer del pelo blanco—. Dentro de una hora vendrá el señor director, y decidirá. Tenemos que hacer la prueba y ver la manera de llevar el traje. Un vestido no es una cosa que se cuelga de una percha..., ¿saben ustedes?, y cada traje tiene un ritmo especial... Ya irán aprendiendo. Hay mucho que estudiar, saber moverse..., dar relieve a los detalles...

—Sí, señora.

Respondieron como colegialas.

—Mucho, mucho trabajo. Vestirse y desnudarse con rapidez, y pasear y dar vueltas durante ocho horas. En casa se descansa poco, y es la única en que las señoritas maniqués cambian de zapatos... No como hacen esas famosas casas antiguas de la Rue de la Paix, donde aun exhiben los trajes de baile, lo mismo que los de paseo, con horribles zapatos de pana negros. Siempre los mismos.

Las muchachas oían hablar de su trabajo sin prestar importancia más que a la gran variedad de bellos trajes que iban a tener como suyos, para lucirse ante una clientela de gentes elegantes.

Nuestra casa es la "Casa Imperial Rusa", que dirige nada menos que el Príncipe Ivannovisky, señoritas—continuó la mujer—. Se tienen que presentar ustedes ante las damas más elegantes y las primeras fortunas del mundo. Damas que vienen acompañadas de sus esposos y sus familias. Se necesita gran discreción. Ya aprenderán ustedes a ver sin mirar y a sonreír sin dirigir la sonrisa. Anularse como bellas muñecas de cera... Los sueldos lo merecen... tres mil francos mensuales... Se cuida de sus gastos de tocador y se les facilitan joyas.

VI

Sólo Isabel y otras dos compañeras salieron triunfantes de las difíciles pruebas. Se sentía feliz con aquella ocupación y con que su padre creía que era en la oficina, pues por nada del mundo hubiese consentido que fuese maniquí. La conveniencia del aumento de sueldo, aunque no le confesaron el verdadero, explicaba ante él su cambio de empleo.

La inauguración de la "Casa Imperial Rusa" había sido un éxito, gracias a la especie propalada de que pertenecía al famoso Príncipe ruso Ivannovisky, miembro de la familia imperial, que había desempeñado un papel fastuoso en la Corte de los zares, había sido célebre por sus amantes y por su lujo, y había añadido a su aureola los detalles de un crimen político; quizá decisivo en la suerte del Imperio. Los periódicos hicieron sugestivas y misteriosas informaciones.

—¡Qué interesante es este hombre!—exclamaban cientos de mujeres, conmovidas por esas lecturas.

No venía a Europa ninguna dama de las dos Américas que no tuviera la obligación de comprar sus trajes en la "Casa Imperial Rusa". Ya no bastaba llegar de Wáshington o Buenos Aires con el baúl repleto de vestidos, un poco chafados, a los que se dejaba así para que se conociera que habían sufrido los ultrajes de la travesía, sino que era preciso que entre las firmas de célebres modistos se destacase la del Príncipe Ivannovisky, el modelo de la elegancia indiscutible.

—Isabel ganaba un gran prestigio ante las hijas de don Manuel y las demás amigas del barrio con su nuevo empleo.

—¡Si me vierais!—les decía—. Yo parezco también una Princesa con los trajes y las joyas que llevo. Pero hay que ver qué señoras van allí: jamás había yo visto tanto lujo. El lujo de París no lo vemos las que vamos a pie por las calles.

Tenía buen cuidado de callarse su convencimiento de que no existía tal Príncipe ruso, y que el dueño era simplemente un brasileño, medio mulato, recientemente enriquecido.

Aunque la casa era rusa en apariencia, en realidad era francesa. Estaba decorada a la rusa, el magnífico edificio del boulevard des Italiens, con todos los prestigios del ensueño y del misterio con que la imaginación adorna al oriente. No faltaban los recursos arquitecturales, grecas y cúpulas doradas; las telas, los bordados, las luces filtradas...; pero el personal era todo francés:

—Las manos de las francesas tienen una articulación más que les sirve para dar vida a los chifones—solía decir el director—. Cualquier trapo que ellas tocan adquiere una gracia extraordinaria.

Así todas las modistas y oficiales eran francesas, que habían sacado con hábiles conspiraciones de los más renombrados establecimientos de modas.

Se ponían a contribución todos los dibujantes famosos y grandes pintores. Merced a ellos se creaban "Tipos únicos", es decir, modelos exclusivos de la dama para quien se habían inventado. En su modernidad, la "Casa Imperial Rusa" iba más allá de hacer un simple vestido, cuidaba de los accesorios y de todo el conjunto.

Las grandes fábricas tejían telas sólo para la "Casa Imperial Rusa". Combinaciones de material y colorido diversos, con dibujos hechos ex profeso para

ellos. Tenían bordadoras y encajeras que reproducían los motivos y los estilos más prestigiosos.

—A este descote le estaría bien un cabujón de aljófar.

—Sobre el negro de este vestido resaltaría un brillante solo, flotante, sujeto a una casi invisible cadena de platino.

—Un broche de perlas rosa iría bien a ese bolso de piel de serpiente.

Y las damas gastaban cantidades fabulosas en los vestidos y las joyas, que tenían el "chic" especial, que creían impreso por el supuesto Príncipe.

Lo que Isabel no contaba a sus amigas ni a su propia hermana, porque le gustaba que la envidiasen, era los malos ratos que sufría.

Le tocaba lucir los trajes de calle, que eran los más buscados. Para los vestidos de baile y los de colores fuertes preferían a una de sus compañeras, rubita y carnosa; y para los azules y los neutros a una morena de tipo africano. Los abrigos se reservaban a la de cuello y piernas más largos.

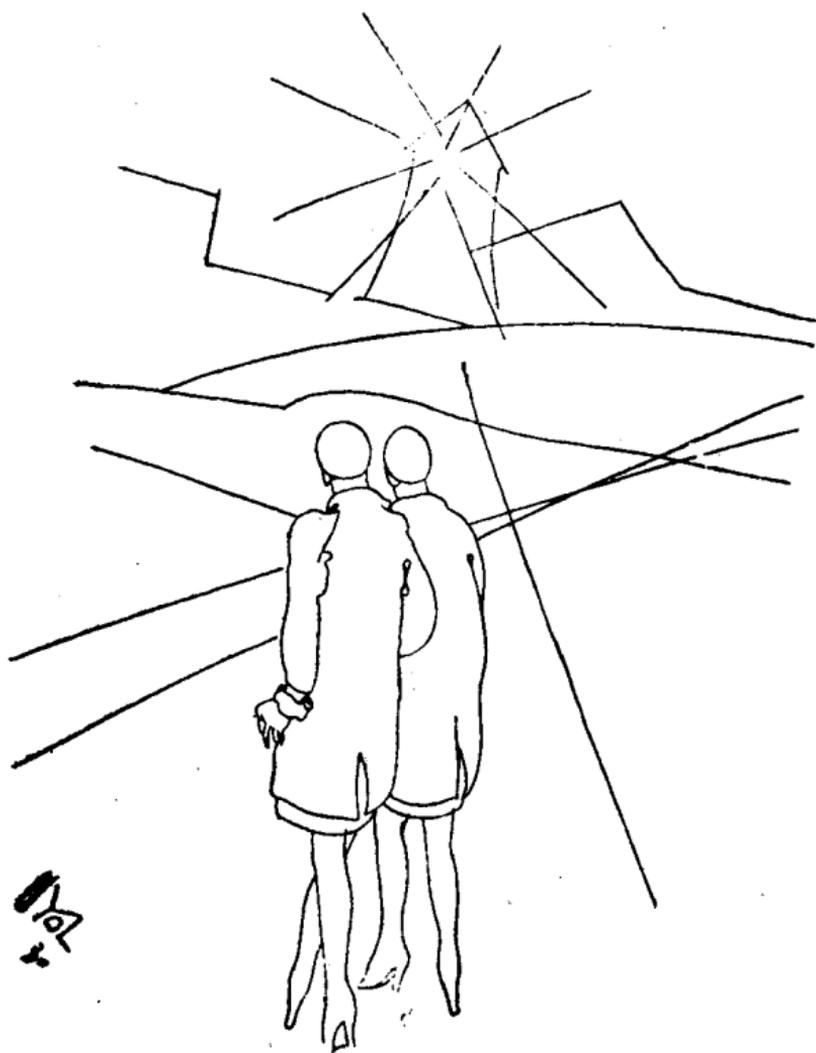
Había noche que no podía moverse de lo que le dolían los pies, de pisar sobre las alfombras, pero se consolaba pensando:

—Así no engordaré.

El engordar era el peligro de la cesantía. Necesitaba conservarse en el mismo estado. Ni menos ni más.

La señora del pelo blanco era observadora y la báscula inflexible. Por eso se desesperaba cuando Jorge se empeñaba en pedir, en la comida que hacían a mediodía, siempre juntos, tripas a la moda de Caen o jigote con judías blancas a la bretona. ¡Le gustaban a ella tanto!

Ahora que ya podían comer en restaurantes donde no preguntaban si querían servilleta tenía que soportar más privaciones que antes. Indudablemente no eran los más pobres los que sufrían más hambre.



Había sorprendido conversaciones de la damas ante las que pasaba. Se alimentaban sólo con una fruta, con un poco de pollo asado y se sometían a regímenes severos para cuidar la línea.

—La Humanidad se está volviendo triste porque no come—había dicho una yanqui gorda, que eligió un modelo de niñita delgada.

—Ahora la moda es “el régimen de los dieciocho días”. Tiene de bueno que el pensar en la variación entretiene el apetito—respondió la dama con quien hablaba.

—Pues yo—concluyó la primera—ya no hago nada en ese sentido, porque cuando no como se me pone un humor que no hay quien me resista. Fíjese en que todos los gordos son gentes satisfechas y alegres.

VII

CUANDO, a la noche, contó la anécdota en casa de don Manuel todas le dieron la razón. Les hacía sufrir mucho la preocupación de adelgazar.

—Las españolas engordan fatalmente, es de raza, pero eso no les impide ser hermosas—decía don Manuel.

—Pero por seguir la moda se satiriza a las que no son delgadas, y todos los que hablan tienen en casa una gorda por lo menos.

Ahora, en las veladas, era Isabel la que entretenía a todos contándoles las anécdotas que recogía diariamente del gran mundo. Les describía trajes y adornos maravillosos.

A veces les revelaba lo que había adivinado, en medio del gran secreto en que se incubaban, de las modas que se iban a lanzar la temporada próxima.

—Hoy ha elegido "Mi traje" de terciopelo amaranto la Pietrakuski, esa "estrella" de Los Angeles que va a casarse con un príncipe italiano.

Todos pedían detalles, ¿cómo era? ¿Qué decía?

—En la pantalla parece muy alta.

—Sí. La oficiala que se arrodilló delante de ella para tomarle las medidas parecía un muñeca. Da la impresión de que es una estatua y de que está muy fría.

* * *

—Hoy ha elegido "mi vestido" de crespón rosa con chantilly negro la Marijaus..., la bailarina india.

Satisfacía la curiosidad de las otras dándoles detalles de cómo era la que triunfaba en aquel momento con su arte en París.

—No es ya joven... ni bonita..., pero tiene mucha gracia. Antes creo que no valía nada. Ella misma, refiriéndose a su pasado, suele exclamar: "Cuando yo era más fea". ¡Los milagros del dinero!

* * *

—Hoy ha estado Josefina Báker.

Se asombraban las otras.

—¡Para qué querrá ella los trajes!

—Pues se ha encargado cinco preciosos, que valen una fortuna. No es todo lo negra que ella quisiera, ¡y eso que usa cremas negras acharoladas y la pulen para sacarle brillo!

* * *

—Hoy vino mis Crystal, una canadiense riquísima, y mientras esperaba se ha entretenido en picar una pieza de encaje de Venecia. Iba recortando las hojas y las flores con las tijeras, como hacen los niños con los cromos.

—¡Qué atrocidad!

—Pues ella lo hizo como la cosa más natural del mundo. Se sacudió los recortes de la falda y preguntó, señalándolos:

—¿Cuántos miles de francos valía eso?

Luego firmó desdeñosamente un cheque para pagarse el entretenimiento.

* * *

—Hoy, la hija del rey del petróleo se ha dado un tirón del collar de perlas rosa, gordas como garbanzos, uno de esos collares que se guardan en las cajas de los Bancos y viajan bajo la salvaguardia de las Compañías navieras, y las ha esparcido por el suelo, sólo por llamar la atención del encargado, que estaba en su despacho, pensando que era el príncipe. Todas van allí por el príncipe. A mí esos collares me dan

miedo. Parece que las joyas excesivas tienen algo de trágico.

* * *

—Hoy han ido a encargarse los lutos las tres viudas divorciadas de ese escritor que vivía en Niza y se murió la semana última. Dos de ellas se han hecho tan amigas que han decidido vivir juntas; y la otra se ha ido con la mujer de un viejo sabio italiano que se presentó en el duelo pidiendo ver al muerto y confesando que era su amante. ¡Cuánto se hubiera divertido él, tan satírico, si hubiera podido contemplar el cuadro!

* * *

—Hoy tengo una noticia sensacional. La reina del azufre se ha enamorado del encargado de la "Casa Imperial Rusa" creyendo que era el príncipe. Cuando se ha venido a enterar de la verdad estaba tan colada que se casa con él. Una fortuna loca. ¡Para reírse de las rentas de los reyes de Europa!

* * *

Con todas aquellas frivolidades, recogidas diariamente en la casa de modas, que parecía como un espejo donde iban a reflejarse todas las grandes figuras, Isabel entretenía lo monótono y cansado de su continuo desnudarse, vestirse y pasear, contoneándose con aire de amable indiferencia, ante la mirada de las damas, que sólo se fijaban en sus trajes y de los acompañantes, que parecían quererla despojar de ellos con los ojos.

A veces ellos elegían la maniquí, mientras las esposas elegían el traje. Había muchos ejemplos de compañeras que dejaban el vender trajes para ir a comprarlos.

No le faltaban a Isabel insinuaciones, pero ella no pensaba más que en el crecimiento de la lucha para poderse casar. Esa ilusión la recompensaba de todos sus esfuerzos.

VIII

Hoy he terminado para siempre con Jorge!
Lo decía con lágrimas en la voz y los ojos enrojecidos.

Acudieron todas a consolarla. Fué una velada triste aquélla en que cada una recordó sus desengaños. Tenían todas que lamentar el abandono de un hombre.

—Lo más triste es que se olvida y que se sigue vi-
viendo—dijo Emilia.

—Y que llega el día que cuesta trabajo recordar
aquéllo—agregó Rosa.

—Y que se ven con indiferencia—siguió Angelita.

—Es lo mejor que puede ocurrir—dijo una de las
francesitas.

—Así se ve lo tonta que es una cuando se enamora—
añadió la otra.

Julia callaba su secreto de haber terminado también
con Ricardo.

Comenzaron a contar las historias de sus desengaños.

—Se marchó y no escribió más.

—Se enfadó porque no accedía a sus exigencias.

—Después de pedirme a mi familia se fué, y no sé
su paradero.

—Se reunió con una cupletista.

Entonces se daban cuenta las hermanas de cómo era
justificada aquella aparente frivolidad de sus amigas,
que llamaban "flirt" a los noviazgos y no tomaban en
serio horas de romantizar con sus amigos, aun con
expansiones más o menos íntimas que no comprome-

tfían a nada. Por eso no valía la pena de fomentar relaciones en las que interviniera la familia, ni de agravar demasiado las cosas.

No era lo mismo la vida suya que había sido la de sus madres. Sobre todo en España, donde el hombre que buscaba a una muchacha decente quedaba tan comprometido como ella y las jóvenes no hablaban con más novio que el consentido por la familia.

Se necesitaba intensificar las diversiones para olvidar.

A la alegre pandilla de las tres hijas de don Manuel y sus amigas se unieron Julia e Isabel, que como eran bonitas y tenían el encanto de su hablar inseguro, con acento español, arrastraban detrás de ellas muchos admiradores.

Don Antonio ya apenas se metía en nada. Tenía miedo a que lo llamasen "hombre atrasado" las amigas de sus hijas.

—Cuando el cerebro cristaliza en unas ideas no se pueden ya tener otras—decía don Manuel, para disculpar a su amigo.

—Mire usted que no dejar a las chicas ir a la piscina.

—En eso pienso como él.

—Porque es usted también atrasado.

—No, es que son cosas distintas. La decencia es la decencia... y, ¡eso, de meterse juntos hombres y mujeres en una balsa!

—Es una exageración. Las piscinas son grandes estanques, y lo mismo se puede una bañar allí que en el mar.

—No se puede comparar. La grandeza del mar llega a borrar todas las otras influencias, pero el agua confinada de las piscinas da una mayor intimidad, y en eso pienso lo mismo que Antonio. Un mujer decente no va a la piscina. Mis hijas no van. Soy hombre, he sido joven, y sé las cosas que pasan.

—Es que con capa de que antiguamente las gentes eran más castas, resulta que eran más maliciosas y peores—decían las jóvenes.

—No éramos peores, éramos de otra manera. O los hombres y las mujeres de ahora son distintos o no pueden ir juntos a la piscina.

Con don Antonio no se podía ni hablar de eso; se ponía furioso. Le parecía que la palabra "piscina" resultaba casi injuriosa. No se tomaba la molestia de prohibirlo a sus hijas porque las creía incapaces de desear ir.

Y aquella oposición de todos era lo que aumentaba el gusto y el encanto que tenían las niñas en ir a la piscina.

Se había hecho la preocupación constante de las cinco jóvenes.

El baile resultaba pálido ante la piscina.

No se lucía tanto en ninguna parte como allí, pues además del atavío de la calle, se mostraba la ropa interior y luego toda la frescura de su carne joven, tersa, ungida y pulida para la exhibición. Los bañadores no cubrían apenas nada, servían sólo para poner más de relieve la desnudez, subrayando con el color los tonos de la piel, y con la línea la gracia de las formas.

Las muchachas, que envidiaban en secreto las desnudeces de las "bataclaneras", podían competir con ellas. Se veía que las mujeres de cuerpo bonito abundaban más de lo que se creía; y las gorditas se desquitaban allí de la postergación que sufrían con sus vestidos de sociedad.

Los cuidados de tocador para la piscina necesitaban ser más minuciosos. Era preciso hacerse las uñas de los pies y pintárselas de rojo, como los de las manos; cuidar de la depilación de piernas y axilas; perfumarse y usar cremas resistentes al agua, que no descubrieran el engaño del color.

Se hacía más intenso el placer de la piscina que

el del baile, mayor agilidad de movimientos, sin sujetarse al ritmo de la música, y mayor libertad de escoger pareja, de nadar juntos, de correr y chapotear cogidos de las manos y del talle. No había juego ni deporte que permitiera la intimidad de la piscina.

La moda se extendía tanto que cada día se anunciaba la apertura de piscinas nuevas, a las que acudían todos sin escándalo de nadie.

Madres y padres, menos escrupulosos que don Antonio, tomaban parte en la diversión o esperaban en los grandes salones mientras las hijas nadaban.

Por eso, anejo a las piscinas, había entretenimientos y atracciones para el público que no se bañaba. Don Antonio estaba indignado:

—Van a secar al Sena con tanta piscina—decía—, cada día se anuncia una nueva, ¡y qué anuncios! Va a ser necesario que no entren en casa periódicos.

Para probar su aserto le leía a su esposa algunos:
“Mm. Recarder, gran piscina, discreción y recato. Se facilitan relaciones con personas de calidad.”

“Boulevard Montmartre, piscina lujosa, todo confort, frecuentada por las mujeres más bellas de París. Cenas y gabinetes reservados.”

“Grandiosa piscina, clientela americana, abierta toda la noche. Se proporcionan buenas amistades.”

—Esto es asqueroso, esto es tener casas donde la gente falte al decoro a ciencia y paciencia de todos. Da grima ver en lo que han venido a parar las piscinas.

—¿No eran lugares para pescar?

—No eran los lugares donde se echaban, para no profanarlas, las aguas sobrantes del bautismo y las cenizas de los lienzos que se quemaban después de haber servido para los santos óleos. ¡Lugares casi sagrados!

Cuando hablaban de nuevas piscinas que se abrían se ponía furioso.

—Como esto siga así, la Humanidad va a ser anfibia, hacen piscinas en los ríos y hasta en las mismas playas—decía indignado—. ¡Una piscina en la playa de Biarritz! Van a acabar hasta con las condiciones higiénicas de los baños de mar con esas aguas confinadas, donde se mezclan todos los humores. Pero Dios castiga y no con palos. Ya comienzan a padecer “los piscineros” una oftalmía a consecuencia de su diversión favorita.

—Oftalmía purulenta—respondía don Manuel, con sus pujos de saberlo todo.

—No, no—decía él—; “oftalmía de las piscinas”, ¡Debian quedarse ciegos todos!

La pobre doña Dolores se echaba a temblar al oírlo. La feliz madre tenía que buscar toda clase de pretextos para hacerles capa a las hijas y ocultar sus escapatorias. Las piscinas eran el mayor placer de las niñas; ya no iban ni a la “gimnasia bolchevique”, ni al café, ni al teatro, ni a los bailes; su encanto, su ilusión, su delirio, era la piscina.

Gozaban la voluptuosidad inmensa de darse al agua, como si se entregaran a todos los hombres que estaban dentro de ella. La caricia del agua fresca sobre sus carnes era como la caricia de las miradas que se clavaban en su desnudez con un cosquilleo de pestañear. Una sensación de alegría, de placidez, se apoderaba de ellas. Lo de pez que ha quedado en nosotros, de la evolución de la primitiva célula, gozaba en aquella caricia como si se realizase el mito de las sirenas y los tritones.

Llegaban a pasar tanto rato en el agua, que los dedos de las manos se arrugaban, con esa sinceridad de las manos, que revelan más la edad que el rostro y no mienten con los gestos, como las palabras.

Salían a veces tiritando del frío nervioso producido por la prolongada inmersión, pero estaban más bonitas con sus ojeras y la sensación de frescura. Era

ese "cuartito de hora" de la gran belleza, que suele perderse en el misterio del tocador, el que lucían ante sus amigas y sus enamorados. Gozaban el supremo placer de la mujer bonita, que no reside en su belleza, sino en los deseos que despierta y percibe.

Muchas sufrían el quedarse mojadas para volver a entrar. Se borraba la aprensión de percibir los humores y enfermedades de los otros o de coger la oftalmia en aquel agua confinada. Se establecía como un lazo común. Como si cada mujer fuese a un tiempo de todos y cada hombre estuviese unido a ellas. Algo como la cadena flúidica de los espiritistas, que genera un protoplasma vivo y misterioso en una gestación rápida.

La piscina tomaba un lugar tan importante en la vida de las iniciadas, que obraba sobre ellas como la cocaína o la morfina. Esclavizaba. No podrían ya ser felices sin la piscina.

Doña Luisa y doña Dolores cambiaban con frecuencia su impresión.

—Yo sentiría que se enterase Manuel—decía la primera—, sería un disgusto grande, pero... No llegaría la sangre al río. Acabaría por conformarse.

—Pues yo conozco bien a Bermúdez—contestaba doña Dolores—. Habría un drama. Nos mataría, o no volvería a mirarnos a la cara jamás.

Y, a pesar de su miedo, la pobre mujer, presa del ciego instinto animal de su maternidad, no se atrevía a oponerse al capricho de las hijas, que desafiaban el peligro con la audacia y la inconsciencia de su juventud.

IX

MAMÁ, ¿tienes ahí mi bolso?
Doña Dolores investigó en el revoltijo de "écharpes", pañuelos y zarandajas que le daban las hijas a guardar, y no encontró el bolso de Julia.

—¿Lo habrás perdido?—dijo alarmada.

—No. Ahora recuerdo que no lo traía al salir de casa. Lo siento, porque necesito los polvos y la barra.

—Yo no llevo; pero Isabelita tendrá.

—Está ya en el agua. Es una contrariedad.

Siguió doña Dolores desenvolviendo tranquilamente la rebanada de Plum Cake, que parecía más tierna y jugosa bajo el papel de celofana que las transparentaba.

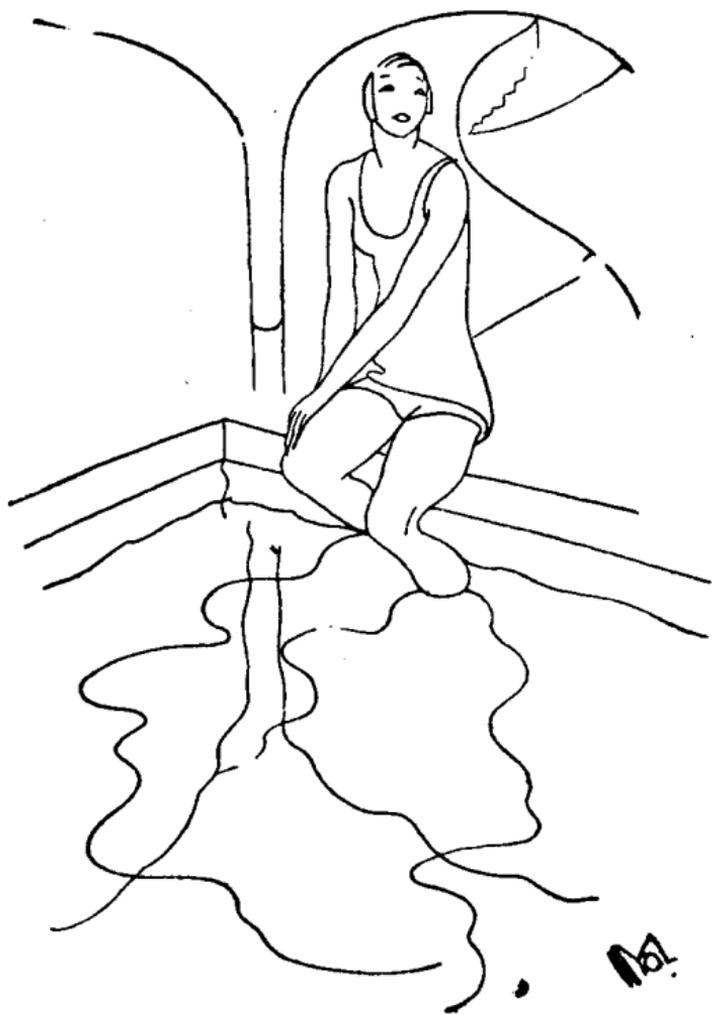
Ella solía quedarse allí tomando chocolate mientras las hijas se bañaban. Tenía la seguridad que en aquel ambiente, que creía aristocrático, no llegaban ni por casualidad ninguno de sus conocidos.

Don Antonio se había quedado haciendo la partida de tute subastado a don Manuel y a doña Luisa; ella había salido con las cinco jóvenes, pretextando que iban a casa de Mendoza, una familia española, tan antipática a don Antonio, que jamás las acompañaba a sus reuniones.

Sonó un fuerte campanillazo, apenas comenzado el juego, y la criada anunció:

—Los señores de Mendoza.

Se levantó doña Luisa como si le hubiera picado una víbora. Oyeron frases de saludo, besos, cuchicheo... A poco volvió a aparecer, muy agitada.



—No son las de Mendoza... Son las de Montreuil... Las he pasado al salón.

—Ya decía yo que las de Mendoza no podían ser— repuso algo socarrón don Manuel—. ¿Por qué no les dices que entren aquí? ¡Estoy tan cómodo!

—Seguid ahí vosotros. Vienen sólo a un asunto... cuestión de un momento.

Salió y cerró la puerta.

Don Antonio se puso de pie.

—Me va usted a dispensar que me marche. No me siento bien. Cuando venga la familia dígales que las espero en casa... Despidame de Luisa.

Mientras hablaba estaba ya en la escalera.

Don Manuel se encogió de hombros y comenzó un solitario.

En tanto don Antonio iba furioso:

—Yo no me he tragado la partida como Manuel— se decía—. No he querido provocar allí un disgusto..., pero la familia no ha ido a casa de Mendoza. ¿Dónde pueden estar? ¿Qué lío y qué tapujo es éste, en el que todas las mujeres son cómplices?

La paz que se respiraba al entrar en su casa lo serenó. Estaba todo en orden, limpio, agradable. Entró en la alcoba de sus hijas. No había nada en medio, las camas hechas, todo en su lugar. Los armarios y la cómoda estaban bien cerrados y con las llaves quitadas.

Sobre la cama de Julia estaba su bolsillo.

Don Antonio lo cogió un poco conmovido por esa especie de ternura que produce siempre un bolsillo de mujer, y, que al tratarse de su hija, se convertía en algo de juguete infantil.

Lo abrió, buscando su confidencia. Estaba lleno de cosas, parecía imposible que le pudiera haber cabido tanto: estuchito de uñas, polvera, barra, lápiz de las cejas, perfumador, pañolillo de encaje...

Sonreía a todas aquellas encantadoras monadas y

seguía su revista: libro de apuntes. Pluma estilográfica. ¡Una fosforera preciosa y una cigarrera de esmalte!

—¡Pero será posible que fume Julia! Indudablemente esto pertenece a alguna de sus dichosas amiguitas... Una caja de pastillas de goma para mascar. ¡Qué asco! Esto es peor que el rapé de mi abuela. ¡Qué generación!

Iba a cerrar el bolso cuando en el último compartimento vió el monedero y un "petit bleu".

Lo abrió y se acercó a la luz.

—¡Letra de mujer!

Miró la firma.

—Enriqueta. Es de su amiga.

No iba a leerlo, pero una palabra pareció ponerse de relieve y sobresalir de las demás: PISCINA.

Leyó:

"Querida Julita: No puedo ir a buscarte esta tarde como habíamos convenido. Pero no faltará esta noche a la piscina. Tuya, Enriqueta."

—¡La piscina! ¡La piscina! ¡¡¡ Mis hijas están en la piscina!!!

Le parecía aquéllo tan monstruoso que no acertaba a razonar.

—Pero, ¿en qué piscina estarán, Dios santo? ¡Hay tantas!

Se le ocurrió mirar en el librito de apuntes. Allí estaban consignadas las ocupaciones del día. Vió sólo la última línea:

"A las nueve, Saint Lazare."

Tomó un auto.

—Piscina de la Rue Saint Lazare.

Compró la entrada y se precipitó como un torbellino, sin hacer caso de los que le invitaban a dejar el sombrero y el bastón en el guardarropa.

Pasó cerca de su mujer sin verla, afortunadamente para ella, que era quien más excitaba su cólera.

—¡Y están con su madre!—pensaba—. ¡Dolores es capaz de engañarme de esta manera tan villana e insospechada! ¡Y yo que he sido tan confiado! ¡Sabe Dios si ni siquiera serán hijas mías!

Cuando se abrió la puerta de la piscina se quedó deslumbrado. Una brillantez extraordinaria hacía resplandecer, como un ascua de oro, todo el local. Ambiente fresco, húmedo, perfumes, risas, movimiento, voces alegres.

Había mucha gente agrupada en torno del estanque; la gran mayoría en bañador o arrebujaadas en las capas. Le parecieron todos cuerpos de mujer.

Multitud de cabezas surgían del agua. Unas con lindos gorritos, como bromos de colores; otras luciendo sus melenas cortas. Se veían manos que se agitaban entre aguas, como asiéndose a algo invisible, para defender la vida; escorzo de espaldas y de senos; cuellos desnudos; hombros que se mostraban y ocultaban entre el chapoteo de la natación.

—¡Son todas mujeres!—pensó, serenándose y casi arrepintiéndose de no haberlas dejado gozar una inocente diversión de mujeres solas, para dar lugar al engaño con su severidad.

Pero al fijarse mejor en aquellos alegres grupos que se entrelazaban con un encanto infinito, vió que más de la mitad eran hombres. Igualaba a los dos sexos la delgadez de las mujeres y sus cabellos cortados; y la carne pulida y la cara afeitada de los hombres.

Sintió un asco horrible de aquella promiscuidad varonil tan execrada en su juventud y que así favorecía la piscina.

No pudo dominarse más. En realidad ya no era él, Antonio Bermúdez, el que protestaba. Se convertía en una encarnación y un símbolo de toda una época: era todo lo que quedaba de principios y de prejuicios de varias generaciones enfrentándose con un mundo completamente distinto.

El choque lo destrozaba. De pronto vió frente a él, de pie en el borde de la piscina, a su Julia; casi desnuda ante las miradas de aquellas mujeres y de aquellos hombres ambiguos; al aire brazos, espalda, escote, piernas y muslos. ¡ No lo podía creer ! ¡ Ni en casa se hubiera atrevido a mostrarse así ! ¡ Nunca la había visto de aquel modo ! ¡ Le daba vergüenza mirarla !

Alzó el bastón y se precipitó sobre ella. La muchacha se lanzó al agua. Allí estaba Isabel, que chapuzó para escapar a la vista del padre.

El llegó hasta el borde del estanque y se detuvo.

Daba vueltas alargando el bastón de cayada, como queriendo pescarlas y bramando improprios en español:

— ¡ Sinvergüenzas ! ¡ Sinvergüenzas !

La gente, espantada de la agresión, había huído atropellándose y gritando:

— ¡ Un loco !

Pero sobrevenía rápidamente la reacción.

Los que estaban dentro del baño le arrojaban manotadas de agua. Los de fuera intentaban ya agredirlo. Se oían protestas por todas partes.

— ¡ Al agua con él ! — dijo una voz.

Entonces, ante el peligro, pudo en las dos chicas más el amor que el miedo, y salieron a ponerse a su lado en actitud defensiva, sin hacer caso de sus amigos, que les gritaban que no se expusiesen.

¡ Y no les faltaba razón !

Verlas cerca don Antonio y arremeter con ellas todo fué uno. Cogió las primeras capas que encontró a mano, las echó sobre ellas y se abrió paso a bastonazos y a empujones hacia la puerta.

Desnudas y mojadas como iban las llevó hasta la calle e intentó meterlas en un coche. Los seguía la gente curiosa, el dueño gritaba que no había derecho a armar aquel escándalo en su casa; pero no se atrevía a buscar la intervención de la policía, procurando que no hubiese más consecuencias.

Don Antonio trataba de explicarse, pero como la rabia le había hecho olvidar el francés nadie lo entendía:

—¡Son mis hijas! ¡Estas sinvergüenzas son mis hijas! ¡Tengo derecho!

Protestó el chofer:

—Me mojarían el coche.

—No importa, pagaré bien.

Apareció doña Dolores, que venía temblando como una azogada, con el bulto de los vestidos y efectos de sus hijas.

Don Antonio metió a Julia e Isabel como si fuesen dos fardos de trapo dentro del "taxi", mientras su pobre mujer se engalgaba como podía para que no la dejasen en tierra. El también iba chorreando de agua.

Al llegar, las chicas, espantadas de subir a su casa, pensaban en resistirse y pedir socorro. Doña Dolores daba diente con diente. Les parecía que las iba a matar para vengar su honor, como los antiguos héroes de teatro.

Pero, con gran sorpresa suya, don Antonio les entregó la llave del cuarto:

—Suban y preparen todo. En el primer tren salen caminito de Valencia, y allí se las arreglan como puedan. ¡Para mí se han muerto! ¡Me quedo solo en París!

Y, como animadas por aquella especie de benevolencia, quisieron suplicarle:

—¡Bermúdez!

—¡Papá!

—¡Papaíto!

Tres soberbios empujones les hicieron entrar más que de prisa, mientras él se quedaba tratando de dominar otro acceso de cólera:

—¡Sinvergüenzas! ¡A la piscina! ¡A la piscina!

CARMEN DE BURGOS "COLOMBINE"

Los que no fuimos a la guerra

de W. Fernández Flórez, es la novela
cumbre del gran humorista. Ella ex-
pone con extraordinario arte la vida
de España durante los cuatro años de
la guerra europea.

5 ptas.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones
(S. A.)

Príncipe de Vergara, 4 B. Dip. Almería

AL-821-BUR-pis





SIEMPRE

que necesite un libro

ADQUIERALO

en las librerías

Fernando Fe, Puerta del Sol, 15; Librería Renacimiento, Preciados, 46 y plaza del Callao, 1. Madrid; Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1. Barcelona; Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla; Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena; Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca; Librería Fe, Larga, 8, Jerez. En Tánger, antigua calle del Banco de España. En Buenos Aires, Florida, 251.

Si pide los libros, los recibirá contra reembolso, libre de gastos.



C.I.A.P.

